CAPITULO VIII

EL PROFESOR

40. La enseñanza implica el conocimiento de las cosas que se han de enseñar; y como por diferentes razones resulta el sacerdote distinguido por su saber, del sacerdote se obtiene la enseñanza especialmente. Además, como tiene sobrado ocio por su posición, tiene más tiempo que nadie para consagrarse á la instrucción y para imponer la disciplina.

Se encuentra una razón más seria todavía de la identidad primitiva del sacerdote y el profesor. Aunque durante los primeros años de la vida recogen todos los niños, y en diversas formas, muchas cosas que se pueden llamar muy bien conocimientos, y que pueden servirle de guía en la vida diaria, hay, sin embargo, un género de conocimientos, ó de supuestos conocimientos, que no le vienen por el canal irregular de la experiencia cotidiana.

Lo mismo entre las tribus salvajes que entre los pueblos antiguos civilizados, se creía que espíritus y dioses se encontraban en todas partes é influían en la existencia de los hombres en bien ó en mal; y de ahí resulta la importancia capital que llevan consigo las lecciones que conciernen á la manera de reglamentar su conducta, para obtener sus favores y evitar su venganza. Sin duda el hombre que conocía mejor estos seres sobrenaturales, el sacerdote, es el que puede

obtener el saber en el más alto grado. Y de ahí que la concepción primitiva del maestro ó profesor sea la de un hombre que enseña asuntos sagrados.

Naturalmente, los conocimientos son comunicados de esta suerte, primero por los sacerdotes más viejos á los más jóvenes, ó más bien por los sacerdotes en función á los aspirantes al sacerdocio. En muchos casos, y durante mucho tiempo, es esa la única manera de enseñar. En el curso de la evolución, al mismo tiempo que se forma una clase laica, surge el profesor tal como le concebimos ahora.

41. Por intrínseca exigencia, en todas las fases de los agregados en formación las líneas de la organización están indefinidas. En los grupos no civilizados no podemos ver la función del educador, señalada de una manera distinta. Sin embargo, pronto descubrimos que la acción de inculcar secretos y cosas sagradas constituye, como hemos indicado más arriba, la forma más antigua de la enseñanza; «los hombres misteriosos» (*mystery-men*) eran los instructores. Dice Bernan á propósito de los arawahs:

«El hijo de un hechicero, en seguida que cumple los veinte años, quizá antes, es iniciado por su padre en las artes del encantamiento y le ordena el mayor secreto sobre tal iniciación.»

Y que el neófito sea ó no un descendiente, este mandato de guardar silencio es siempre el mismo respecto de la información comunicada, que invariablemente tiene relación con seres sobrenaturales; vemos, pues, desde el comienzo, el nacimiento de un culto esotérico, tal como los sacerdocios de los pueblos históricos antiguos nos lo muestran.

Pero en ciertos grupos de salvajes, encontramos la huella de una participación en esta enseñanza sagra-

da, ó al menos en una parte de ella de todos los jóvenes que llegaron á una edad conveniente. Los australianos, por ejemplo, tienen en todas partes una ceremonia de iniciación, durante la cual, la juventud en cierto modo circuncidada, en otros casos privada de un diente, quedaba por eso consagrada á un ser sobrenatural, supuesto presente como en los casos de Daramulum, que es indudablemente el héroe de la tribu; estas consagraciones estaban sin duda concebidas en el mismo espíritu que las de los pueblos más civilizados. En todas las circunstancias, los médicos son los operadores y los maestros.

Las poblaciones que entre las no civilizadas están más adelantadas, y entre quienes los hombres de medicina adquirieron en cierta medida el carácter de sacerdotes, nos suministran mejores ejemplos. Tenemos el caso de los habitantes de Nueva Zelanda, entre los cuales, según Thomson, consiste uno de los deberes de los sacerdotes en instruir á sus hijos, á quienes enseñan «los cánticos y las tradiciones del pueblo», y la ciencia sagrada de su tribu. En Africa también, donde la organización social está más desenvuelta, encontramos una forma más definida de la enseñanza de los sacerdotes. Bastián nos cuenta que los sacerdotes idólatras en el Congo, reunen á los muchachos que llegaron á la edad de la pubertad, y los conducen al bosque, donde permanecen durante seis meses formando una especie de colonia bajo la intervención de los sacerdotes. Durante este tiempo sufren la circuncisión. Encontramos en seguida en Abisinia y en Madagascar, que la función pedagógica del sacerdote está compartida por una clase independiente de sacerdotes; he ahí un paso hacia la diferenciación.

42. Pueblos pasados y presentes en diversas partes

del mundo, que alcanzaron grados superiores de la civilización, procuran pruebas fragmentarias que reuní con el mayor orden posible. Hablando de los mejicanos, dice Torquemada que toda su educación estaba en conexión con los templos. Se enviaba á ellos un número considerable de muchachos para su educación, desde que tenían cuatro años hasta su matrimonio. Clavijero dice lo mismo. Leemos en Landa, á propósito de los sacerdotes del Yucatán:

«Instruían á los hijos de otros sacerdotes, y también á los hijos más jóvenes de los señores que les estaban confiados desde su infancia, cuando parecían dispuestos á llenar este oficio. Las ciencias que enseñaban eran el cómputo de los años, de los meses y de los días, las fiestas y ceremonias, la administración de los sacramentos, etc., etc.»

Entre los pueblos existentes pueden citarse en primer lugar á los japoneses, como procurándonos un hecho importante.

«No se puede hacer ascender la profesión de instructor laico más allá de los días de la fundación de la dinastía Tokugawa... Los bonzos (sacerdotes) del Japón pueden pasar por haber sido generalmente los instrumentos de expansión de los rudimentos de la educación á través de todo el imperio.

Escribe Symes en su *Embassy to Ava:*

«Todos los kionus ó monasterios... son seminarios... en los que los muchachos de cierta edad se instruyen en el conocimiento de las letras, y donde se les enseña sus deberes morales y religiosos.»

Asimismo aprendemos por una obra titulada *The Burman*, de Suway Teo:

«Cuando un muchacho alcanza ya la edad de ocho ó nueve años, va naturalmente al Pohnygee Kyoung

(escuela monástica). Está abierta á todos, lo mismo al hijo del pobre pescador, que al niño de sangre de príncipes.»

Y el misionero católico Sangermano aporta un testimonio semejante; confirmando asimismo que esta educación dada por sacerdotes, es nominalmente una preparación para el sacerdocio, puesto que los estudiantes visten todos «el hábito de Talapoin» durante su período de educandos.

43. Podemos agrupar ahora algunos hechos que sirvan de ejemplos, sacados de relatos referentes á civilizaciones extinguidas y muertas del mundo antiguo; algunos no dan sino señales de la cosa, otros son suficientemente detallados.

En lo que toca á la India antigua, hace constar Dutt, que consistía la educación en enseñar los Vedas, y que tanto en la época antigua como en otra más reciente, estaba dada esta educación por los sacerdotes. Dice también:

«Había Parishads ó establecimientos brahamánicos para la enseñanza... y gentes que acudían á estos Parishads para adquirir su saber.»

Hace falta añadir á eso, que durante el período épico en los años 1400 á 1000 antes de Jusucristo aproximadamente.

«Al lado de los Parishads establecieron profesores aislados, lo que en Europa llamaríamos escuelas particulares, y reunían á su alrededor estudiantes de diversas partes del país... Los brahamanes, sabios que vivían retirados en medio de los bosques, reunían muchas veces á su alrededor, cuando viejos, á estudiantes jóvenes, y muchas especulaciones de las más atrevidas del período épico nacieron en estos retiros silvestres de la santidad y del saber.»

Por estos relatos diversos vemos cómo estaba la enseñanza consagrada, al principio, exclusivamente á las doctrinas y á los ritos religiosos, y cómo al fin surgió una enseñanza que, en alguna suerte desprendida de las instituciones religiosas, trata al mismo tiempo de otras cosas que de objetos sagrados.

Un sistema semejante, aunque menos perfecto, existía en la antigua Persia:

«Resalta de un modo bastante claro que la preparación especial de los muchachos, en vista de futuras profesiones, se hacía al mismo tiempo que su profesión religiosa, y que la primera se reglamentaba, sobre todo, según la profesión del padre... Era uso bastante general el confiar á los hijos al cuidado de los sacerdotes para la educación y la instrucción, según costumbre también de los brahamanes indios.»

Respecto de Babilonia y de Asiria, dice el profesor Sayce á propósito de la vida social de estos países:

«Las bibliotecas estaban establecidas en los templos, y las escuelas en que se educaba estaban unidas á ellos.

»La «casa de los varones» (*house of the males*) en que se hacía entrar á los jóvenes, parece haber sido una especie de establecimiento monástico adosado á los grandes templos de Babilonia.»

Varias autoridades como Brugs-ch, Erman y Duncker, hablan en el mismo sentido del sistema de educación de Egipto:

«Fundáronse escuelas en las principales ciudades del país; se enseñaba en ellas la sabiduría humana y la divina cuando las reuniones de los santos servidores de los dioses.

»El gran sacerdote de Amón Beckenchons, nos enseña que fué «jefe de la real cabaña (*royal stable*)

de instrucción» en el período de sus cinco á sus diez y siete años, y que en seguida entró en el templo de Amón como sub-sacerdote.

»Los colegios de estos templos (Thebas, Menfis y Heliópolis) eran los centros más importantes de vida y doctrina eclesiásticas.»

La carencia de jerarquía entre los sacerdotes en Grecia, que, como hicimos notar precedentemente, tuvo su influencia en el desenvolvimiento normal de otras profesiones, ejerció de igual modo su acción sobre el desenvolvimiento normal de la profesión del maestro. Los templos y sus alrededores eran, en efecto, lugares consagrados á una cultura especial de un género ú otro, teniendo muy á menudo cierta relación con observancias religiosas. Pero esta forma de la enseñanza de los sacerdotes no se desenvolvió en un sistema general que englobara también á los miembros laicos de la comunidad. Buscando el contraste, dice Mahaffy, á propósito de la educación de los *gymnasia:*

«Fué moda antigua educar á los muchachos en gran parte como educamos nosotros á las hijas, guardándolos constantemente bajo la dirección de un criado especial ó de un profesor..., enseñándoles la religión recibida, y algo de literatura clásica, les inculcaban la obediencia á los dioses y á los padres.»

Como en Persia, durante la fase de su actividad guerrera, la cultura física y la cultura de las facultades mentales, útiles en tiempo de contiendas, adelantaron sobre toda clase de cultura.

«El antiguo sistema de educación superior que ordenaba que los jóvenes de Atenas, de dieciocho á veinte años... debían permanecer bajo la vigilancia del Estado y prestar servicio de patrullas en partes lejanas

y en los fuertes de las fronteras del Atica que disponía que al mismo tiempo practicaran ejercicios militares y de gimnasia, siguiesen al mismo tiempo cursos de enseñanza literaria, este antiguo sistema, decimos, se transformó más tarde y pronto abandonó la mayor parte de la educación, gimnástica y militar.»

Pero á medida que se elevaba la cultura intelectual, cayó, no en manos de los sacerdotes, sino en manos de los maestros laicos: «Los filósofos, que, como los estoicos, no desdeñaban instruir á la juventud, establecieron sus escuelas al lado de los gimnasios.»

La génesis normal del profesor fué más raquítica todavía en Roma, donde estaba el curso de la evolución tan considerablemente modificado por la intrusión de elementos y de influencias extrañas. Siempre que el militarismo es muy predominante, hay tendencia á descuidar la cultura del espíritu por poco honorífica; tal fué el caso, por ejemplo, del Japón, «en que durante varios siglos antes de la época de Jyeyasu, la muy numerosa clase de los guerreros como los caballeros de la Edad Media en Europa, despreciaba el conocimiento de las letras como cayendo por bajo de la dignidad del soldado, y sólo dignas del bardo ó del sacerdote». Tal sucedía en Roma.

«Las costumbres romanas abandonaban la tarea de la enseñanza elemental, incluso la de la lengua madre, como cualquiera otra labor tenida en mediana estima y realizada mediante salarios, principalmente en manos de libertos, ó, en otros términos, en manos sobre todo de griegos ó de semigriegos.»

Se comprenderá esta condición de cosas recordando, primero, que la génesis normal del profesor, fuera del sacerdocio, es debida al hecho de que muy al comienzo de las épocas antiguas los sacerdotes se dis-

tinguían por sus conocimientos superiores; en segundo lugar, que los sacerdotes en Roma no se distinguían de tal suerte, porque los griegos sometidos estaban más instruídos que ellos; y en tercer lugar, que todos los atributos de los vencidos se consideraban generalmente como de menor valor.

44. Yendo hacia el Norte, y considerando los pueblos de la época que precede al cristianismo y los de la primera época del cristianismo, vemos de nuevo la identidad primitiva entre el sacerdote y el profesor y su separación eventual. Los celtas, dice Pelloutier, perseguían su adiestramiento militar, que tendía á producir dureza, agilidad y otras aptitudes corporales, y añade:

«Para mantener á los pueblos en la dependencia, y para que les consultasen siempre como oráculos, los eclesiásticos querían ser los únicos sabios; del otro lado, los celtas, que miraban todo trabajo, tanto del cuerpo como del espíritu (Procop., *Gotth.*, l. I, cap. II, 311), como á cosa servil, abandonaban de muy buena gana todas las ciencias á sus druidas; les consideraban no sólo como sabios, sino además como verdaderos magos. Los estudios de las naciones célticas se reducían únicamente á aprender de corazón ciertos himnos que encerraban sus leyes, su religión, su historia, y en general todo lo que se quería que supiese el pueblo.»

Lo que dice César concerniente á los druidas está conforme con lo que precede: «Un gran número de jóvenes se reunían con ellos para recibir instrucción. Discutían mucho á propósito de los atributos y del poder de los dioses inmortales y comunicaban á los jóvenes parte de sus principios.»

Extinguida casi durante los pasados siglos de nuestra era, no podía la cultura que sobrevivió buscarse

fuera de las instituciones eclesiásticas, y en ellas toma nuevo impulso. Como dice Hallan:

«El mérito de haber fundado originariamente escuelas pertenece á algunos obispos y abades del siglo VI. Fueron escuelas que reemplazaron las escuelas imperiales, destruidas por los bárbaros... Las escuelas de las catedrales y de los conventos creadas ó restauradas por Carlo Magno permitieron conservar el escaso saber que sobrevivía.»

Mosheim, hablando de la iglesia del siglo VI, nos dice además que en las escuelas-catedrales el profesor eclesiástico «instruía á la juventud en las siete artes liberales, como preparación al estudio de los libros santos»; y que en los monasterios «el abad ó uno de los monjes daba á los niños y á los jóvenes consagrados á la vida monástica una enseñanza literaria.» Estos hechos sirven de verificación al aserto según el cual la instrucción primaria que se daba lo mismo á los jóvenes laicos que á los pertenecientes á la iglesia, tenía por objeto directo ó indirecto la propiciación religiosa: su destino evidente, tal como se expresó en el concilio de Vesou, era hacer de suerte que la juventud «se fijase en los libros santos y que aprendiese á conocer la ley de Dios».

Los siglos siguientes, repletos de guerras y de trastornos sociales, vieron declinar sus casas de educación eclesiástica, á pesar de los esfuerzos que hicieron, de cuando en cuando, obispos y papas para devolverles vigor. Mas, como era de esperar, cuando surgieron maestros laicos, se hizo manifiesta resistencia por parte del clero. Entonces, como siempre, vió con descontento la clase de los sacerdotes, la instrucción de la juventud caer en otras manos. En Francia, por ejemplo, el canciller de Santa Genoveva, que con-

cedía las licencias necesarias para enseñar en la Universidad de París, usó á veces de su poder para excluir á hombres capaces, por adquirir dinero con violencia, y en diversas ocasiones fué necesario contenerle por medio de mandatos del Papa. Sucedía lo mismo en Alemania.

«Todos los puestos de profesores en las Universidades, estuvieron en manos del clero hasta el siglo XV y aun en el XVI.

»En Heidelberg (1482) obtuvo un laico por primera vez, después de encarecida lucha, una cátedra de profesor de medicina.

»La admisión general de profesores laicos, á plazas ocupadas por clérigos, no tuvo lugar antes de 1553.»

45. Inglaterra nos proporciona pruebas idénticas. En tiempos antiguos, «las iglesias parroquiales servían de escuelas», dice Pearson. Y según Sharon Turner,

«El clero era maestro de los que querían aprender... A él estaba confiada la educación moral é intelectual de su tiempo...

»Por eso el monje irlandés Maildulf, que se fijó en Malmesbury..., enseñaba alumnos para ganar la vida.»

De la misma suerte ocurrió durante los tiempos que siguieron. Leemos en los mismos dos autores que después de la conquista,

«Clero numeroso esparcido por toda Inglaterra, tenía un interés directo en favorecer la educación. Aumentaban sus salarios mezquinos en su oficio como profesores ó maestros de escuela.

»Uno de los primeros resultados del renacimiento de la literatura en Inglaterra, fué el establecimiento general de escuelas. A cada catedral, y casi á cada monasterio, iba unida una escuela. Durante el siglo que

siguió á la conquista, hubo pocas personas de cierta notoriedad, entre el clero, que no hubiesen consagrado una parte de su existencia á instruir á las demás.

»Podemos citar, como ejemplos de maestros distinguidos pertenecientes al sacerdocio durante el período anglo-sajón á Bede, Alcuino, Scoto Erigena y Dunstan. Y después de la conquista, claramente manifiestos para merecer una mención especial: á Athelard de Bath, Juan de Salisbury, Alejandro Neckano, Roger de Hoveden, Duns Scot.

Pero aquí, como en otras partes, la secularización de la enseñanza se hizo lentamente y de diferentes maneras. Al comienzo del siglo XV daban los laicos pasos necesarios aquí y acullá para formar escuelas. Warton, escritor de comienzos del siglo XV decía: «El hábito de educar á nuestra juventud en los monasterios había caído en desuso, se fundaron cerca de veinte escuelas de gramática durante este período.» Al mismo tiempo se verificó un cambio lento en el carácter de las Universidades. Habiendo comenzado por ser grupos de estudiantes en teología, reunidos alrededor de profesores eclesiásticos de gran reputación, continuaron mientras crecían siendo, durante mucho tiempo, establecimientos para la educación clerical solamente, y más tarde semejaron ser tales. Hasta casi nuestros días, la aceptación de la creencia establecida fué una condición para admitir á los estudiantes y para la obtención de distinciones, y conservaron todas una enseñanza y una disciplina que tenía un carácter manifiestamente eclesiástico. Por eso se somete la residencia en los colegios á un régimen inspirado en el de los monasterios: á las diarias oraciones, monásticas en su origen, y también al vestido de

cierto corte semi-eclesiástico. Pero gradualmente fué modificándose el carácter clerical de la educación, por la introducción cada vez mayor de objetos de enseñanza no religiosos, y por la relajación de las condiciones que un clericalismo dominante había impuesto en otro tiempo.

Ahora, la mayor parte de los que «van al colegio», lo hacen sin ninguna intención de entrar en la Iglesia; la enseñanza de la universidad fue secularizada en una inmensa medida.

Por este tiempo, aunque hayan pasado la mayoría de las numerosas instituciones de grado inferior á manos de los laicos, guardan, sin embargo, en una medida considerable, y especialmente en los grados superiores, su carácter clerical. Las escuelas públicas están dirigidas generalmente por eclesiásticos; y la mayor parte de los profesores, si no son ordenados, se preparan para serlo. Además, las escuelas privadas en todo el reino, donde la clase rica envía á sus hijos, son en una enorme proporción dirigidas por elesiásticos, algunos de los cuales toman con mucha frecuencia alumnos particulares. La diferenciación, pues, de la clase que enseña con relación á la clase eclesiástica, es incompleta por ahora.

Notemos, además, como hecho significativo, relativo á la evolución del profesor, que se libra actualmente un combate para recuperar esta intervención eclesiástica de la que un sistema secularizado de educación pública estaba en gran parte desembarazado. Cuando se estableció hace un cuarto de siglo esta educación pública, no estaba secularizada por completo puesto que se daba en sus manifestaciones algunas lecciones sobre la Biblia; y ahora se hacen esfuerzos considerables por añadir á estas lecciones bíblicas,

ciertos dogmas de la fe cristiana reconocidos por la ley, haciendo de esta suerte de profesores de las escuelas del Estado, hasta cierto punto, profesores eclesiásticos. Y todavía hay más. Los eclesiásticos trataron y tratan todavía de que les ayude el pueblo para enseñar los dogmas de la Iglesia en escuelas dependientes de la Iglesia. En este momento (Junio de 1895), el arzobispo y el clero en general, celebran un acta del Parlamento, que puso en sus manos los caudales del Tesoro público y sin intervención del Estado. Dicen al Estado con la arrogancia común á todos los sacerdotes de todos los tiempos y de todos los lugares, sea cualquiera su fe: «Nosotros, decidir lo que debe enseñarse; vosotros, pagar para que se enseñe.»

46. Aquí, como en todo, la segregación y la consolidación acompañan á la diferenciación, aunque en parte no haya sido visible el cambio, á causa de lo reciente de la fecha de la separación de la clase que enseña de la clase eclesiástica. La tendencia hacia la integración de la clase de los profesores y hacia su separación de las otras clases, se muestra primero entre los maestros de la teología. En la Universidad de París,

«Personajes medio instruídos que apenas tenían algunos conocimientos de los elementos de la teología, se dedicaban al empleo de profesores públicos. La consecuencia fué, que los profesores de teología que estaban mejor reputados, se unieron y formaron una sociedad regular; y tuvieron influencia suficiente para establecer que nadie estuviese autorizado para enseñar sin su aprobación y permiso. Condujo esto, naturalmente, hacia un examen de los candidatos y á una prueba pública de su capacidad, y á una ceremonia

formal para consagrar su admisión á la dignidad de profesores ó *doctores.*»

Lo mismo sucedió en las universidades inglesas. Conocimientos, primero, de la doctrina cristiana establecida, después, otras materias cuyo conocimiento fué juzgado necesario en profesores de doctrina cristiana y enseguida exámenes que suministraban la prueba de la adquisición de este saber, sirvieron para crear una reunión de personas de título y para excluir á las que no lo eran; se formó así un conjunto coherente y limitado. Aunque las sectas disidentes hayan insistido menos sobre la obtención de títulos, surgieron, sin embargo, incluso en ellas, instituciones que facilitan la adquisición de la cultura necesaria, y dan las necesarias autorizaciones eclesiásticas.

Sólo ahora es cuando abrigan los profesores laicos alguna tendencia á unirse. Además de los numerosos colegios que fundan donde instruyen, examinan y confieren grados, existen ahora diversas asociaciones profesionales. Como asociación general, hay la *Teacher's Guidd* y el Instituto Escocés de educación (*Scottish Educacional Institute*). Después, como asociaciones más especiales, existen la conferencia de los directores (*Head Masters*) de escuelas públicas; la Asociación de los Directores de escuelas secundarias intermediarias (*Association of Head Masters of intermediate Secondary Schools*); la Asociación de Directoras (*Head Mistresses*); el Colegio de preceptores; la Asociación de los profesores auxiliares (*Assistant Master*) y la Unión nacional de profesores.

Existe la misma tendencia entre las asociaciones para el mantenimiento de la organización general de todos los que tocan á la educación—maestros de escuela, maestros auxiliares, colegios y las diferentes

sociedades mencionadas arriba.—Esta clase de profesores, como la de los otros, tiene sus periódicos semanales y mensuales, unos generales, otros especiales, que representan sus intereses, como sirviendo de lazo entre los miembros, y ayudando á la consolidación del agregado.